



DRACONIS

ARADON

VARESS

FEDERACIÓN
DE SYLVARA

ALNARA

ELDARA

BOSQUE
DE LAS PENUMBRAS

UMBRA

ORDEN DE
TENEBRIS

ORDEN DE
TENEBRIS

El
PODER
de las
TRES
LUNAS

RENATA GONZÁLEZ



Almuzara México • Almuzara Nuevas Narrativas #4

El poder de las tres lunas

© 2025, Renata González

© 2025, LID Editorial Mexicana, SA de CV

Bajo el sello editorial Almuzara México

Homero 109, piso 14, oficina 1404,

colonia Chapultepec Morales, alcaldía Miguel Hidalgo,

C.P. 11570, Ciudad de México, México

www.almuzaralibros.com

Primera edición impresa en México: octubre de 2025

ISBN: 978-607-69249-0-7

Primera edición en formato *epub*: octubre de 2025

ISBN: 978-607-69249-1-4

Dirección editorial: Nicolás Cuéllar Camarena

Dirección de arte: Raúl Aguayo Chávez

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en México | *Printed and made in Mexico*

*Para mi papá,
porque aunque ya no estés, sigues en cada paso que doy.*

*Tu amor, tu fuerza y tus palabras viven en mí.
Este libro es un pedacito de todo lo que me enseñaste.*

Siempre conmigo. Siempre contigo.

PRÓLOGO

El viento que azotaba las almenas del castillo de Eldara no era como cualquier otro. Se sentía pesado, cargado de un presagio que Eredan no podía ignorar. Desde el balcón de sus aposentos, el rey observaba el cielo, donde las tres lunas—Silara, Aruna y Thora—se habían alineado en una perfecta y antinatural simetría. Nunca había presenciado tal fenómeno, y aunque sus consejeros intentaron calmarlo asegurándole que todo estaría bien. El rey no podía apartar de su mente la sensación de que esta noche no era como las demás. Era como si el mismo aire estuviera reteniendo la respiración, esperando, vigilando...

El palacio de Eldara, conocido como el “Castillo Blanco”, se alzaba majestuoso sobre las colinas verdes y hermosas que rodeaban la ciudad, visible desde kilómetros a la redonda. Construido con piedra blanca y mármol lunar, sus muros reflejaban la luz de las Tres Lunas, dándole un brillo casi mágico por las noches. Las altas torres, coronadas con estandartes dorados y plateados, se erguían como centinelas que protegían el reino, observando todo lo que ocurría en la capital del reino de Eldara: Altharia.

La habitación detrás de él estaba iluminada por la luz trémula de una chimenea, cuyos destellos arrojaban sombras alargadas en las paredes de piedra. Eredan podía oír los murmullos apagados de las

criadas y las parteras que se afanaban en el dormitorio adyacente, pero sus palabras se perdían en el eco del rugido del viento.

Su esposa, la reina Seraphina, estaba en trabajo de parto, y el rey se debatía entre el deber de estar con ella y la necesidad de vigilar los cielos, como si al hacerlo pudiera evitar que el destino cayera sobre ellos.

Un relámpago iluminó el horizonte, revelando las torres blancas y majestuosas del castillo de Eldara, contrastadas contra el negro profundo del cielo. La tormenta que se cernía no traía lluvia, sino algo más oscuro, algo que acechaba en las sombras de la noche.

A su alrededor, un foso profundo y un puente levadizo separaban la fortaleza de Altharia, añadiendo una línea más de defensa. Las ventanas de arcos altos y estrechos brillaban con la luz de las velas en su interior, proyectando sombras danzantes en los muros. Las puertas principales, de madera oscura reforzada de hierro, llevaban grabados de dragones, un recordatorio del vínculo entre Eldara y Draconis.

Eredan cerró los ojos, buscando en su interior la fuerza que siempre había encontrado en momentos de incertidumbre, pero esta vez el peso de esa incertidumbre era casi insoportable. Su padre le había hablado de la antigua profecía, de las leyendas que corrían por los pasillos del castillo desde tiempos inmemoriales, pero siempre las había desecharido como cuentos para asustar a los niños. Ahora, sin embargo, esas historias parecían cobrar vida, como si el mismo tejido de la realidad estuviera deshilachándose.

El grito desgarrador de Seraphina lo sacó de sus pensamientos. Se giró rápidamente, su corazón latiendo con fuerza dentro de su pecho. No era un hombre fácil de asustar, pero esta noche todo parecía estar en su contra. Se apresuró hacia la puerta del dormitorio, encontrándose cara a cara con la nodriza principal, cuya expresión era un reflejo de la angustia que sentía en su interior.

— Mi señor... — comenzó ella, su voz quebrada por el miedo y la urgencia. — La reina... el niño... algo no está bien.

Eredan no esperó más explicaciones. Atravesó la puerta y se encontró en la cálida penumbra del dormitorio. Las parteras trabajaban

frenéticamente alrededor de la cama, sus rostros tensos mientras atendían a la reina. Seraphina yacía sobre los cojines de seda, su rostro perlado de sudor y su cabello dorado pegado a la frente.

A pesar del dolor evidente, sus ojos brillaban con una intensidad que Eredan nunca había presenciado. Sus hermosos ojos verdes le hicieron recordar el día que los vio por primera vez en el Baile de la Tres Lunas dos años atrás. Desde ese momento, Eredan aseveró que Seraphina era la mujer más hermosa que vería en toda su vida. Con aquel vestido de seda lunar color plateado, su mirada verde hizo sentir como si fuera la primera vez que realmente lo miraran, no solo físicamente, sino en lo más profundo de su alma.

Era como si ante él hubiera algo que no pudiera comprender, algo más allá de la realidad.

— Seraphina... — susurró mientras se acercaba a ella, tomando su mano entre las suyas. La sintió fría al tacto, pero su agarre era fuerte.

— Eredan... — dijo ella con un hilo de voz. — Nuestro hijo... esta noche... algo oscuro viene con él.

El rey trató de mantener la calma. — No hables ahora, mi amor. Debes concentrarte en ti misma... en el bebé.

Pero ella no lo escuchó.

— Las lunas están alineadas. — continuó, su voz apenas un susurro, como si hablara en sueños. — He visto... he visto las sombras en el fuego, las visiones que vienen con la convergencia. Nuestro hijo... él es el elegido, el que romperá la oscuridad o caerá en ella.

Eredan no sabía qué decir. Las palabras de su esposa eran un eco de las antiguas leyendas, pero escucharlas en sus labios, en este momento, hizo que el temor que había sentido desde el comienzo de la noche se intensificara. Un nuevo relámpago iluminó la habitación, seguido por un trueno que resonó como si el cielo se estuviera partiendo.

El llanto de Seraphina se transformó en un grito final y luego, de repente, el silencio cayó sobre la habitación. Un silencio tan profundo que Eredan sintió que el mundo entero había contenido la

respiración. Las parteras intercambiaron miradas nerviosas, y por un momento, nadie se movió... como si el tiempo se hubiera detenido.

El corazón de Eredan latía con fuerza, cada golpe resonando en sus oídos como un eco que rompía la quietud, mientras un frío inexplicable se arrastraba por su espalda.

Un llanto agudo y claro rompió la quietud. Un sonido tan puro y vivo que hizo que todos en la habitación exhalaran al mismo tiempo. Una de las parteras levantó al recién nacido, envolviéndolo rápidamente en una manta de lino para llevarlo a los brazos de la reina. Pero antes de que pudiera entregar al bebé, la luz de las lunas atravesó las ventanas, bañando al niño en un resplandor extraño.

Eredan contuvo el aliento al ver una pequeña marca en la frente del bebé, una luna creciente, claramente visible bajo la luz. Era una señal; una marca que había visto solo en los antiguos textos, y mencionada en las profecías susurradas por los oráculos.

— Es... él. — dijo Seraphina, su voz apenas audible pero llena de un temor reverente. Sus ojos se encontraron con los de Eredan, y en ese momento, supo que ella también había comprendido el significado de la marca.

El rey tomó al niño en sus brazos, sintiendo el calor de su pequeño cuerpo contra su pecho. Miró a su hijo y trató de ignorar el temor que crecía en su interior. ¿Qué significaba esta marca? ¿Era un augurio de grandeza o de oscuridad?

Antes de que pudiera encontrar una respuesta, una sombra se movió en la habitación, algo rápido y fugaz. Eredan levantó la vista, buscando la fuente del movimiento. Las llamas en la chimenea titilaron violentamente, y por un breve instante, las sombras en las paredes tomaron la forma de un dragón, con las alas extendidas y los ojos brillando en la oscuridad. El rey cerró los ojos un instante y la visión se desvaneció. Solo se escuchaba el crepititar del fuego y el llanto del bebé.

—Eredan —llamó Seraphina de nuevo, su voz un susurro cargado de temor—. Nuestro hijo... debes protegerlo. El poder de las lunas...

él es el elegido, pero también es el portador de la oscuridad.

El rey apretó los labios, sus pensamientos enredados en las palabras de su esposa. Había escuchado muchas veces la antigua profecía, pero nunca la tomó en serio. Ahora, con su hijo en brazos, con esa marca brillando en su frente, no podía evitar sentir que el destino de todo el reino, quizás de todo el mundo, estaba en juego.

Las lunas alineadas, la marca, la profecía... Todo parecía estar conectado, como piezas de un rompecabezas que aún no podía entender. Eredan levantó la vista hacia las ventanas, donde las tres lunas seguían brillando en el cielo nocturno, lanzando su luz sobre el mundo, como si observaran todo con un ojo vigilante y severo.

— Lo protegeré — murmuró. — Lo protegeré con mi vida si es necesario.

Pero en su corazón, Eredan sabía que lo que se avecinaba iba más allá de la simple protección. Había fuerzas en juego que no comprendía del todo, fuerzas que habían estado esperando, acechando en las sombras, por este momento. Y aunque su voluntad era fuerte, no podía evitar preguntarse si sería suficiente para enfrentar lo que estaba por venir.

Con esa resolución en mente, el rey Eredan se volvió hacia las parteras y la nodriza principal, su rostro endurecido por la determinación.

— Nadie debe saber de esta marca, ni de lo que ha pasado esta noche. — dijo con voz firme. — Lo que ha nacido aquí, debe permanecer en secreto hasta que estemos listos.

Las mujeres asintieron rápidamente, comprendiendo la gravedad de sus palabras. Eredan entregó al niño a la nodriza, observando cómo lo envolvía con cuidado antes de llevárselo a los aposentos del bebé.

La tormenta seguía rugiendo afuera, pero dentro de la habitación, el silencio había regresado. Eredan se arrodilló junto a la cama de su esposa, tomando su mano una vez más. Seraphina, exhausta pero aún alerta, lo miró con ojos llenos de preguntas para las que él no tenía respuestas.

— Todo estará bien.

La promesa salió de sus labios con un temblor que ni él pudo disimular. El fuego arrojaba sombras danzantes en las paredes, y el llanto del bebé se transformó en un eco, como si la misma noche lo reclamara. Eredan sabía que esas palabras no eran solo para tranquilizar a Seraphina, sino para convencerse a sí mismo de que podían desafiar al destino.

Afuera, la tormenta aumentó su furia, un presagio de lo que estaba por venir. El reino aguardaba, sin saber que su futuro pendía del delicado equilibrio entre la luz y la oscuridad que ahora descansaba en los brazos del rey.

Así comenzaba la leyenda.